

ALBERTO GIORDANO

# Volver a donde nunca estuve

Algo sobre mi padre

SELECCIÓN Y EDICIÓN

Alfonso Mallo

**bulk**  
editores



VOLVER A DONDE NUNCA ESTUVE.  
ALGO SOBRE MI PADRE  
Primera edición: julio de 2020

© Alberto Giordano, 2020

© Bulk editores, 2020

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa  
Santiago de Chile  
bulkeditores@gmail.com

Imagen de tapa: Nik Uykwo

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-09486-01-8

Derechos reservados.



**bulk** editores

[ *la densidad aparente en el papel* ]



*Llegar a Retiro será para siempre avistar a papá  
en el andén, que vino a esperarme.*

EN LOS AÑOS de mi tardía adolescencia y en los de la primera juventud, cada vez que me enamoraba de una chica, le hablaba de papá. Contaba sus historias y sus pareceres, subrayando lo atípico, como si él fuese un artista o un pensador silvestre que yo tenía la suerte de frecuentar. También trataba de que se conocieran, al menos fugazmente (las visitas de papá eran espaciadas y algunos de mis amores, clandestinos).

Nunca perdí el gusto de hablar de papá. Con el paso del tiempo cambié de interlocutores (los nuevos amigos reemplazaron a las enamoradas) y fui incorporando otros tonos.

QUE ME ASALTE el recuerdo de papá, mientras escucho tangos, es tan probable como que quiera registrarlo en este cuaderno cuando ocurre. Durante años, los de mi adolescencia y primera juventud, escuché música en su compañía cada vez que él pasaba por Rosario. Algunos gestos y

comentarios circunstanciales quedaron asociados con tal o cual canción.

De «Flor de lino», el vals de Stamponi y Expósito, lo conmovía, más que las referencias camperas, el hallazgo que asocia el sentimiento de vergüenza con la imagen de «los muchachos con un traje nuevo».

LA VEZ QUE, para sacármelo de encima, le ofrecí el discman con un cd de El Arranque que él nunca había escuchado. Estábamos en General Villegas, en unas jornadas de homenaje a Puig. Interveníá en las conversaciones y busqué una manera subrepticia de apartarlo. Como los padres viven en mundos paralelos, no advirtió, o no le importó, la astucia del hijo. Se alejó del grupo para poder escuchar. Enseguida lo capturó el sonido de la orquesta, la filiación con la escuela decareana. Pero lo que más lo entusiasmó fue la versión de «Mariposita» que canta Ariel Ardit (también Emilia, a sus dos años, advirtió que es extraordinaria). Cuando nos despedimos el lunes, en Rosario, me pidió el cd para llevárselo a Córdoba, como si no pudiese dejar de escucharlo ni siquiera un día. El miércoles tuvo el accidente. Nunca supe cuál fue el destino del único disco de tango que le regalé. La tarde en que visitamos la casa de su mujer, en Unquillo, unos meses después del accidente, lo busqué para robarlo pero no apareció.

EN LA ESQUINA de Colón y Pasco, mientras esperaba para cruzar, busqué en Spotify «Bajo un cielo de estrellas», en la versión de Luis Cardei con acompañamiento de bandoneón y guitarras. Una tarde la estaba escuchando en el living de casa y entró papá, que venía de la cocina. Sonrió al verme en trance. «¿Tanto te gusta?» Asentí, orgulloso. Papá volvió a sonreír. Como no se lo pregunté en aquel momento, nunca conoceré la significación de esa sonrisa. Era de asombro y simpatía, eso quedó claro, pero había algo más. Tampoco pregunté si a él también le gustaba ese tango. A Cardei lo escuchó por primera vez en casa; conocería otras versiones, seguro la de Alberto Podestá con la orquesta de Caló, que para mí solo tiene interés arqueológico.

La escena es imborrable. El encanto de la sonrisa de papá sobrevivió al paso del tiempo y su misterio lo ilumina todo. «Bajo un cielo de estrellas» era más mío que suyo, estaba enraizado con más fuerza a mi vida que a su pasado. «En esta noche vuelvo a ser/ aquel muchacho soñador». Yo era, y sigo siendo, el muchacho de ese regreso, aunque el vals hable de una época que no viví, la de la juventud de papá.

UN 24 DE junio de mediados de los 70, papá anduvo por Rosario y quiso aprovechar la coincidencia: me llevó a ver películas de Gardel en un cine de barrio. Acepté acompañarlo por pura devoción filial. A mis catorce o quince años, ver películas de Gardel en un cine de barrio, en un atardecer de invierno, me entusiasmaba poco: más bien me

entristecía. El cine quedaba lejos, en una calle mal iluminada, diría que de veredas angostas.

Daban *Cuesta abajo*, y no sé si alguna otra, pero a papá le interesaban los cortos, especie de videoclips *avant-la-lettre*, en los que Gardel canta una canción y antes la presenta, acompañado por el compositor. Esta mañana, leí en el diario que todos los cortos los dirigió Eduardo Morera, pionero del cine sonoro, y se filmaron en 1930. Lo poco que recuerdo de aquella función es que papá se reía de las actuaciones y algunos gestos de Gardel mientras canta (la mirada que se le enloquece, la mímica de tocar la guitarra), y que entre risa y risa, el placer de volver a escuchar «Viejo smoking» o «Canchero» era tan intenso que —son sus palabras— se sentía flotar.

El cine, lo supe más tarde, era el Lumière y estaba en Arroyito, a pocas cuadras de donde vivía la chica que, mucho tiempo después, para decirlo como en un tango risible, me hizo perder la cabeza.

LA VEZ QUE la orquesta de Gobbi tenía que tocar en Rufino, en el club Matienzo, pero el ómnibus que los traía se quedó en el barro, cerca de Amenábar, y papá los fue a buscar con la chata del abuelo. Hicieron un asado para festejar, en el campo. La orquesta tocó «Camandulaje». «Sonaban espectacular, pero era raro verlos: parecía que flameaban. Después nos dimos cuenta de que estaban todos drogados».

La vez que papá tuvo franco y aprovechó a viajar a Buenos Aires para ver a la orquesta de Piazzolla, «la del 40», en un baile de carnaval. «A los colimbas nos hacían entrar en fila india y nos perfumaban al paso, con un vaporizador».

EL SÁBADO FUIMOS a ver la muestra de Diane Arbus en el Malba. Entre las que más me gustaron, están las fotos en la que se observa, en la mirada sorprendida del retratado, que fueron tomadas sin consentimiento previo. La dureza de esas miradas. Como la de un señor en la playa, en cuecos, pero todavía con sombrero, reloj, zapatos y medias tres cuartos. Es asombroso cómo conserva la actitud arrogante, gangsteril, aunque fue sorprendido con esa vestimenta ridícula, como quien dice, «en paños menores». Me quedé mirándolo, entre risueño y admirado, y enseguida recordé el nombre del gángster de *Atlantic City*, la película de Louis Malle que tanto le gustaba a papá: Cookie Pinza. Me pareció que aquel nombre y esta imagen se llevaban bien. Lamenté, como es de rigor cuando suceden cosas como esta, no poder comentarlo con él.

MURIÓ CAMILO SESTO. Me acuerdo de un viaje en ómnibus con papá, de Garmendia a Burruyacú. Íbamos leyendo y en la radio comenzó a sonar «Vivir así es morir de amor». Papá interrumpió la lectura después de la segunda estrofa, entre conmovido e irónico, y recordó la muletilla de un personaje de su pueblo: «Yo he nacido pa' sufrir».

ME ACORDÉ DE una anécdota que contaba papá, de uno de sus últimos viajes a Tucumán.

Antes de cenar, papá baja al *lobby* para mirar un rato la televisión. Se aloja en el hotel de siempre, uno para viajeros, que no tiene televisor en las habitaciones (como casi cualquier lujo le resultaba superfluo, nunca se le ocurrió cambiarlo —afortunadamente no heredé su ascetismo—). Están dando un partido. Enseguida entra en conversación con un porteño, más o menos de su edad. Del fútbol pasan al tango: comparten gustos, intercambian recuerdos. Una vez, en el club Matienzo, en Rufino, durante un descanso, Troilo se le sentó al lado —estaban en la barra del bar—. Papá no se animó a hablarle. El porteño anuncia una anécdota buenísima. Una vez fue a escuchar a Troilo en un boliche cerca del Obelisco, pocos años antes de que muriera. Casi no tocaba, hacía mímica; el que tocaba de verdad era Baffa. En un descanso, se acercó al *mánager* y le contó que él había sido cantor, bastante bueno, en su juventud, que lo había escuchado a Pichuco muchas veces, con distintas orquestas, y que siempre había soñado cantar con él. Lo que en otro

momento habrá sido pura fantasía, en ese, de franca decadencia del ídolo, le pareció un deseo realizable. El mánager se conmovió, aceptó interceder. Él vio cómo se acercaba a Pichuco, que estaba en la barra y cómo le hablaba al oído; también vio que Pichuco le contestaba pero, como parecía dormido, no pudo anticipar la respuesta. «¿Sabe qué me mando a decir el Gordo? “Decile —me dijo el mánager que le dijo Troilo— que se vaya a la puta madre que lo parió”». «El porteño no paraba de reírse», me contó papá.

LA PRIMERA VEZ que escuché «Qué me importa tu pasado», el tango de Giménez y Sucher, fue en el campo de papá, una de las veces que estuvimos solos. Habrá sido la versión de Ángel Cárdenas con la orquesta de Troilo. Imaginé que papá se identificaba con la voz del cantor, que al hacerme escuchar ese tango me estaba participando de algo íntimo, difícil de abordar directamente. «Qué me importa tu pasado,/ no llorés, mi buena amiga./ No es un crimen ser golpeado/ ni es delito haber rodado/ en las vueltas de la vida».

¿Acaso él no había protagonizado una trama de redención, después de enamorarse de su mujer? Era, al menos, lo que se decía. Que Marta venía yirando, hasta que se encontró con papá, y su destino cambió para siempre.

«No tengas miedo, soy de una pieza,/ no me interesa lo que dirán./ Qué nos importan las cosas viejas,/ las viejas sombras que ya no están».

Me gusta pensar que a papá no le importaba el qué dirán y que es algo que heredé. Pero ni una cosa ni la otra son seguras. ¿Las «viejas sombras» reaparecerían a veces, en la realidad o en las fantasías, para enturbiar la relación? Seguro fueron una reserva erótica inagotable, una razón para no separarse, aunque el vínculo se volvió cada vez más conflictivo.

ME ENTERÉ RECIÉN de que el año pasado murió Raúl Garello, el único compositor de tangos —y elegante bandoneonista, en la línea Troilo— que conocí personalmente. Coincidimos en el comedor del Viejo Hotel Ostende. Me acerqué a saludarlo y le conté que con papá habíamos escuchado varias veces La Orquesta del tango de Buenos Aires, cuando la dirigían él y Carlos García, a comienzos de los ochenta. Los conciertos eran al mediodía, creo que los jueves, en un teatro de la calle Corrientes. A papá le gustaba la orquesta, también que la entrada fuese libre y gratuita. A los dos nos divertía que el público estuviese integrado, en su mayoría, por jubilados a los que la orquesta hacía delirar. Me acuerdo de una vez que, después del chan-chan de «Tema otoñal», un señor que estaba sentado a mi derecha saltó de la butaca y gritó: «¡Nos van a matar!». Ahora, mientras escribo estos apuntes, pienso que ese señor, como papá y Garello, ya habrá muerto.

EN LOS ÚLTIMOS años, cuando Judith ya se había mudado a esta casa, papá nos visitaba a la siesta y se quedaba escuchando música conmigo. Los discos de siempre, o alguno nuevo que él había traído de regalo de Córdoba (los compraba en una disquería del centro, aconsejado por el dueño). Una vez trajo uno de Martirio con Chano Domínguez («Es como si cantase la Pantoja acompañada por Oscar Peterson»). Otra, uno de El Terceto en el que interpretan chacareras, tangos, bossa-nova y «Hasta siempre», la canción dedicada al Che Guevara (papá se alegró anticipando la emoción de Marta, su mujer, cuando la escuchase —por gestos como ese, yo me daba cuenta de que la amaba—). La última vez, las grabaciones caseras de una actuación de Dizzy Gillespie en Buenos Aires, en 1956, acompañado por la orquesta de Osvaldo Fresedo. Un experimento curioso, casi hollywoodense. Recuerdo la risa de papá, entre divertida y emocionada, cómplice, cuando Gillespie se suelta e improvisa sobre la melodía de «Vida mía». El fraseo de la trompeta se cuida de no violentar la sobriedad del acompañamiento pero el gesto, igual, resulta humorístico.

ANOCHÉ COMENCÉ A leer *Piazzolla, la música límite*, de Carlos Kuri. Hasta donde avancé, la tesis principal afirma que lo que ocurrió dentro del tango por la aparición de la música de Piazzolla, la que comenzó a componer en los 50 para el Octeto, es una «mutación» de las convenciones genéricas, un salto transformador, no un giro evolutivo. La última

mutación del tango, sentencia Kuri, punto de no retorno y, hasta hoy, de clausura. Para situar y valorar adecuadamente la incidencia del jazz y la llamada «música erudita» sobre el estilo de Piazzolla, habría que adoptar la perspectiva de la alteración que ese estilo introdujo en la tradición tanguera. Mañana (ojalá todos los domingos terminasen con la imposición de tareas como esta) pienso volver a escuchar varios cds de Piazzolla, y algunas grabaciones de De Caro, Troilo y Gobbi, para no dejar todo librado a los efectos persuasivos de la prosa inteligente y camorrera de Kuri.

El libro se abre con una exhaustiva «Cronología de acontecimientos», por la que vengo a confirmar que la primera vez que escuché a Piazzolla en vivo fue en 1978, en el Auditorio Buenos Aires (ex Kraft). Tiene que haber sido durante las vacaciones de julio (cursaba segundo año de Letras). Papá me fue a esperar a Retiro, y desde la estación subimos a pie hasta Florida, para sacar las entradas. Lo recuerdo muy entusiasmado, durante la caminata, porque Piazzolla hubiese decidido rearmar el Quinteto (ni el octeto electrónico ni las formaciones europeas lo convencieron). Tenía curiosidad por conocer a los nuevos músicos, sobre todo a los que sustituían a Agri y Kicho Díaz, que juzgaba insustituibles. Imagino que esa ligera resistencia, una vez vencida, hizo que la satisfacción resultase más plena. El concierto nos encantó, quiero decir que salimos cautivados (ahora me entero, por el libro de Kuri, que asistimos a un acontecimiento histórico y que papá, que había empezado

a escuchar a Piazzolla en Rufino, hacia fines de los 40, lo pudo valorar como tal mientras ocurría). Volví a escuchar ese Quinteto al año siguiente, en Rosario (creo que en la Fundación Astengo). Me pareció que sonaba todavía mejor, que el público era más entusiasta, tal vez porque en lugar de ir con papá fui con Lidia, mi primera novia de Letras, y esa vez me tocó cumplir a mí el papel de iniciador.

ESTA MAÑANA, CUANDO salí a caminar, me acordé de Jaime Roos (antes me había acordado de la expresión «por amor al arte»), de que hace tiempo dejé de escuchar sus canciones y algunas me gustaban mucho. Descubrí su música, en compañía de Judith, una noche de febrero de 1998, cuando asistimos a un concierto en el Anfiteatro Municipal. Lo recuerdo bien porque fue el mismo día en el que Judith se mudó a la casa en la que todavía vivimos. Salimos del concierto entusiasmados y el entusiasmo se prolongó algunos años, gracias a un cd antológico que me prestó un amigo y nunca le devolví. Esta mañana, busqué una lista en Spotify y caminé hasta el Laurak escuchando canciones de Jaime Roos. Me entristecí al comprobar que ya no me gustan tanto, como si hubiese perdido algo con el cambio de edad. La voz, por momentos, me sonó engolada; las letras, efectistas. Por suerte «Colombina», mi preferida de entonces, conserva sus encantos casi intactos. La voz de Canario Luna en los coros de «Adiós juventud» (otra que resistió el paso del tiempo) me recordó el cd que le produjo Jaime Roos, *Todo*

*a Momo*. Lo compramos en nuestro primer viaje a Montevideo, en enero de 2000, cuando Judith estaba embarazada. También lo dejé de escuchar hace mucho. Quise saber cómo me sonaría hoy y lo programé para la caminata de regreso. Felicidad del tiempo recobrado. Me sigue gustando, acaso más que cuando era joven, porque hay inflexiones de la voz y giros de las letras que ahora los escucho imaginando cómo le gustarían a papá. Es algo que me ocurre con frecuencia desde que él murió, en 2008. Una posibilidad que se abrió en mi vida después de que acabó la suya.